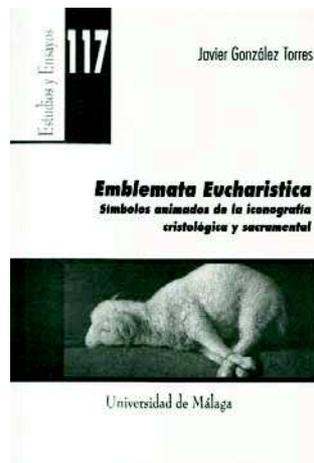


GONZÁLEZ TORRES, Javier, *Emblemata Eucharistica. Símbolos animados de la iconografía cristológica y sacramental*, Málaga, Universidad-SPICUM, 2009.

Juan Antonio Sánchez López
Universidad de Málaga



Desde los inicios de la Historia, la vida del ser humano ha permanecido estrechamente ligada a los animales. Más allá de las actividades económicas o de mera subsistencia, las relaciones del hombre con el animal se adentran hasta lo más profundo de su conciencia, imaginario y capacidades cognoscitivas. En virtud de un doble proceso de carácter hermenéutico y figurativo, el animal acabaría convertido en el soporte físico de un proceso iconográfico a través de cual terminarían simbolizándose aspectos de lo misterioso, lo divino y lo regio que, en última instancia, arrancan del *tótem* o animal sagrado secularmente adoptado como emblema mágico de una tribu o comunidad.

Con unos antecedentes casi tan remotos a los de la propia figura humana, no puede sorprendernos que los animales ocupen una posición tan privilegiada dentro de la Iconografía y en la Historia del Arte, habida cuenta de que la ley del teriomorfismo terminaría

haciendo de ellos la encarnación viviente de una constelación de dioses. En este sentido, la preocupación de los autores clásicos y orientales por la conducta y peculiaridades de determinadas especies contribuyó sobremedida a despertar la curiosidad del público más allá de las taxonomías científicas, excitándola hacia otros aspectos 'pintorescos' surgidos desde el plano de ciertos comentarios de trasfondo alegórico, moralizador y aún 'filosófico'. Con todo, sería San Agustín uno de los primeros en revelar la voluntad explícita de transferir a los animales la condición de *signa naturalia*, capaces de desvelar en su realidad tangible facetas del conocimiento por disposición divina; opinión que encuentra su continuismo en una nutrida serie de obras posteriores como la *Dieta Salutis* atribuida a San Buenaventura y la *Divina Comedia* de Dante, entre otras.

Precisamente, en complicidad con tales argumentos surge este oportuno y brillante trabajo de Javier González

Torres. Además de justificar la eficacia de los signos animados como elementos parlantes puestos al servicio de los fundamentos del Dogma, no olvida el autor construir un discurso transversal que reivindica la complejidad de ese universo de signos, reconociendo en ellos el elemento integrador e indisoluble de una concepción del mundo entendida como consecuencia misma del desarrollo de la Humanidad. Se explica, así, la preocupación de esta obra por calibrar la importancia de las fábulas y los bestiaros como un bagaje sapiencial cuya proyección iconográfica y literaria trasciende la Antigüedad y el Medievo, para reconocer y encontrar otros campos expresivos en la Emblemática, la ilustración del libro, los repertorios grabados y, por supuesto, los ciclos y programas que dotan los edificios religiosos y profanos de preclaras facultades persuasivas y parlantes.

En cualquier caso, pensamos que las páginas de *Emblemata Eucharistica. Símbolos animados de la iconografía cristológica y sacramental* constituyen un admirable ejemplo de hacia dónde deben caminar los pasos de la moderna historiografía aplicada al estudio y al análisis de los productos culturales y artísticos. Abundando en la versatilidad y la interdisciplinareidad del discurso, González Torres desgrana, con exhaustividad, profundidad y rigor, la milenaria tendencia humana a presentar los animales como *exempla* al servicio del alegorismo místico y religioso, del simbolismo moral, del apoyo doctrinal a los predicadores y del hálito lírico de los poetas. De ahí, la atención

prestada al estudio de las fuentes literarias que, desde el mundo antiguo y sin solución de continuidad, constituyen el principal soporte argumental de un sinúmero de recreaciones faunísticas presentes en el arte cristiano desde los tiempos primitivos a la exuberancia retórica de la Edad del Humanismo, pasando por el laberinto de sueños y leyendas de los siglos medievales. Precisamente, el denso tratamiento de esta cuestión induce al autor a detenerse en la ambivalencia semántica -e incluso polisemia- inherente a la iconografía de distintos animales carismáticos, susceptibles de aglutinar informaciones no siempre coherentes -y aún contradictorias- como consecuencia del cruce, trasplante e interferencias de distintas fuentes.

No menos sugerente se muestra el libro al proponer al lector una sesuda reflexión acerca de las conexiones existentes desde el Cristianismo Primitivo entre los Símbolos y la Mística de la Eucaristía que, justo es decir, configura la fascinante 'trastienda' de algunas de las más notorias realizaciones del arte occidental. De hecho, fueron, precisamente, los argumentos teológicos y las circunstancias históricas de cada período los agentes causales de una hermenéutica *ad hoc*, polimórfica y consistente al mismo tiempo, desde las Catacumbas al Barroco. Pero, legados a este punto, es innegable que en el avance triunfal de tales presupuestos resultaría decisivo el magnético poder de atracción de los símbolos animales que capitalizan el tercero y último de los bloques de *Emblemata Eucharistica*.

Es aquí donde el autor hace gala de su inteligencia, capacidad de síntesis y precisión conceptual para componer un singular *Bestiario de Cristo*, del que forman parte sus diez *alteri-ego* que, por extensión, también lo son de la propia Eucaristía. Es de alabar, en este punto, la sagacidad aplicada por González Torres a la estructura y vertebración de los contenidos de este capítulo en el que reside, sin duda, la vertiente más llamativa y práctica del libro. Con inequívoco criterio didáctico, el estudio de los diez animales simbólicos se aborda de modo monográfico, en ilación con los restantes apartados y el valioso papel complementario adquirido por las ilustraciones, que -lejos de verse reducidas a la mera función visual- adquieren un protagonismo intrínseco admirable en cuanto soportes y 'pretextos' de informaciones específicas que matizan y completan, con el encanto de lo individual, las líneas maestras del texto general. Los amplios comentarios a la selecta galería de ilustraciones permiten, por su parte, al autor desarrollar un discurso paralelo, al tiempo que complementario al del propio libro que, gracias a este enfoque versátil, se erige en un instrumento de conocimiento tan valioso y profundo para el especialista como útil y práctico

para el estudiante de Historia del Arte.

En definitiva, tenemos ante nosotros una obra para aprender –y mucho– pero también para leer y para disfrutar sin límites de la obra de Arte y cuantos aspectos colaterales se imbrican con ella. Pues nunca debemos olvidar que, con independencia de los valores anecdóticos y las 'historietas' que siempre nos recordarán el coraje y la nobleza del León, la fuerza invencible del Unicornio, la caridad sin límites del Pelicano, la valentía del Ciervo, el fabuloso renacer del Ave Fénix, la pulcra inocencia del Cordero, la mística laboriosidad de la Abeja, la cándida elevación de la Tórtola, la romántica ensoñación del Delfín y el claroscuro de la Serpiente, cada página de este libro constantemente nos recuerda, sí a nosotros, –los presuntos seres 'superiores' de la Creación–, cómo nuestros compañeros de andadura en este –por nuestra culpa– sufrido planeta nos continúan dando lecciones de saber estar con uno mismo y con los otros, siempre en comunión con la insondable Naturaleza. Y es que, Alan de Lille no se equivocaba al sentenciar: *Omnis mundi creatura quasi liber et pictura nobis est speculum.*